



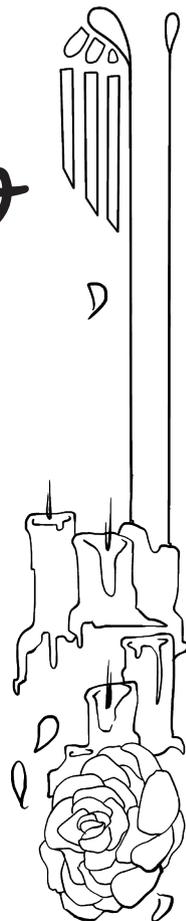
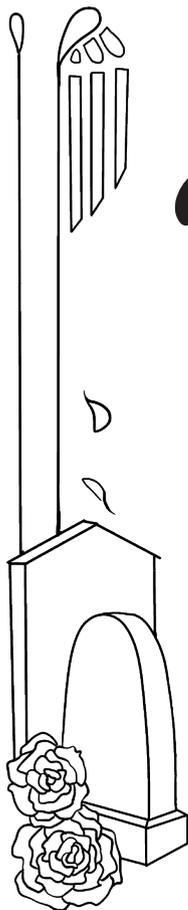
Los chicos del cementerio

(Cemetery Boys)

Aiden Thomas

TRADUCCIÓN DE

ANA RAMÍREZ REQUENA



Kakao  books

Primera edición: Marzo de 2021

Título original: *Cemetery Boys*

Editorial original: Swoon Reads

CEMETERY BOYS

Text Copyright © 2020 by Aiden Thomas

Published by arrangement with Swoon Reads Book, an imprint of Feiweil and Friends and Macmillan Publishing Group, LLC. All rights reserved.

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2021

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Mars Lauderbaugh

Traducción: Ana Ramírez Requena

Correcciones: Diana Gutiérrez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-121895-6-8

Depósito legal: B 3998-2021

Thema: YFHD

IBIC: YFH

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No me llores,
porque si lloras yo peno,
en cambio, si tú me cantas,
yo siempre vivo y nunca muero.

«La Martiniana», canción popular mexicana





Técnicamente, Yadriel no estaba invadiendo ninguna propiedad privada porque llevaba toda la vida viviendo en el cementerio... pero allanar la iglesia era, sin duda, cruzar la línea de ambigüedad moral.

Sin embargo, si quería demostrar de una vez por todas que era un nahual, tenía que realizar el rito delante de la Dama Muerte.

Y ella lo esperaba en el interior de la iglesia.

La cantimplora negra llena de sangre de pollo rebotaba contra la cadera de Yadriel mientras se escabullía de la pequeña casa de su familia, situada en la parte delantera del cementerio. El resto de elementos necesarios para la ceremonia los llevaba guardados en una mochila.

Su prima Maritza y él se agacharon bajo las ventanas con cuidado de no golpearse la cabeza contra los alféizares. Detrás de las cortinas danzaban las siluetas de los nahuales que festejaban en el interior de la casa; por todo el cementerio se oían

sus risas y el sonido de la música. Yadriel se detuvo, agazapado entre las sombras, para asegurarse de que no había nadie alrededor antes de saltar desde el porche y salir corriendo. Maritza lo seguía de cerca; sus pasos hacían eco al unísono con los de Yadriel mientras corrían por los caminos de piedra y los charcos.

Con el corazón desbocado, Yadriel rozó los ladrillos húmedos de los columbarios y oteó para asegurarse de que los nahualos encargados de custodiar el camposanto aquella noche no anduvieran cerca. Patrullar el cementerio para garantizar que los espíritus de los muertos no causaran problemas era una de las responsabilidades de los hombres. No solía ocurrir que los espíritus se tornaran malignos, así que las rondas de los nahualos básicamente consistían en vigilar que nadie se colara en el cementerio, quitar las malas hierbas de las tumbas y realizar tareas generales de mantenimiento.

Cuando oyó el sonido de una guitarra más adelante, Yadriel se agachó detrás de un sepulcro, arrastrando consigo a Maritza. Al asomarse por la esquina, vio a Felipe Méndez apoltronado en una lápida, tocando la vihuela y cantando. Felipe era el último residente del cementerio de los nahuales; la fecha de su muerte, hacía poco más de una semana, estaba grabada en la lápida.

Los nahuales no necesitaban ver a los espíritus para saber si alguno andaba cerca: los hombres y las mujeres de su comunidad los sentían como una brisa de aire frío o como un hormigueo en lo más profundo de sus mentes. A esta habilidad inherente se le sumaban los poderes que su Dama les concedía. Los poderes de la vida y la muerte: la capacidad de percibir las enfermedades y las lesiones en los vivos, y de ver y de comunicarse con los muertos.

Por supuesto, estas habilidades no resultaban demasiado útiles en un camposanto lleno de espíritus. En lugar de un escalofrío repentino, Yadriel notaba constantemente un cos-

quilleo gélido en el cuello cuando caminaba por el cementerio de los nahuales.

Como estaba oscuro, apenas distinguía la cualidad traslúcida del cuerpo de Felipe, cuyos dedos se desdibujaban de manera fantasmal al tocar las cuerdas de la vihuela. Ese instrumento era su ancla, su posesión material más preciada, y lo mantenía unido al mundo de los vivos. Felipe aún no estaba listo para que lo liberaran a la otra vida, así que se pasaba casi todo el tiempo en el cementerio tocando su música y atrayendo la atención de las nahuales, tanto vivas como muertas. Su novia, Claribel, se dedicaba a espantarlas y ambos pasaban horas juntos en el cementerio como si la muerte jamás los hubiera separado.

Yadriel puso los ojos en blanco. En su opinión, todo aquello era demasiado dramático. Estaría bien que Felipe descansara en paz de una vez; así él podría dormir tranquilo sin que le despertaran sus riñas con Claribel o, peor, sus versiones horribles de *Wonderwall*.

Pero a los nahuales no les gustaba obligar a los espíritus a cruzar al más allá y, mientras no se tornaran malignos, los dejaban tranquilos. De todos modos, los espíritus tampoco podían quedarse eternamente; al final, acababan convertidos en una versión repugnante y violenta de ellos mismos. Estar atrapados entre la tierra de los vivos y la de los muertos tenía consecuencias para los espíritus, que poco a poco iban perdiendo su humanidad. Con el tiempo, todo lo que los hacía humanos desaparecía, y los nahuales no tenían más remedio que cortar el enlace que los unía a su ancla y liberarlos a la otra vida.

Yadriel hizo un gesto a Maritza, indicándole que irían por un camino lateral para que Felipe no los viera. Atisbó el terreno despejado, tiró de la manga de su prima y asintió. Luego se lanzó a correr por entre las estatuas de ángeles y

santos, tratando de evitar que los dedos extendidos de estas se le engancharan en la mochila. Había sepulcros construidos sobre el suelo y mausoleos lo suficientemente grandes como para alojar familias enteras. Yadiel había cruzado esos caminos cientos de veces y sabía orientarse por el laberinto de tumbas con los ojos cerrados.

Tuvieron que detenerse de nuevo cuando vieron los espíritus de dos niñas jugando a perseguirse, con sus rizos oscuros y vestidos combinados revoloteando a su alrededor. Reían como locas mientras atravesaban corriendo pequeñas tumbas que contenían restos incinerados. Esas construcciones, pintadas a mano de colores vivos, formaban hileras atestadas de amarillo oro, naranja oca, azul cielo y verde espuma de mar. Tras las puertecillas de cristal se veían las urnas de cerámica que contenían.

Oculto junto a Maritza, Yadiel se sacudía de impaciencia. Ver los espíritus de dos niñas muertas correteando por un cementerio asustaría a cualquiera, pero él temía encontrarse con Nina y Rosa por motivos aún más horripilantes: ambas eran unas chivatas y no se fiaba de que no fueran a buscar a su papá para delatarlo. Si esas dos se enteraban de algún secreto tuyo, te ponían entre la espada y la pared y te sometían a unas torturas inimaginables. Por ejemplo, te obligaban a jugar al escondite durante horas mientras ellas hacían trampas con sus cuerpos intangibles. O fingían que no te encontraban detrás de un contenedor apestoso durante una de las calurosas tardes de Los Ángeles. Desde luego, no merecía la pena estar en deuda con ellas dos.

Cuando las niñas por fin se fueron corriendo, Yadiel no perdió ni un segundo y corrió hacia donde se dirigía.

Al volver una esquina, se toparon con la entrada techada que conducía al terreno de la iglesia. Yadiel alzó la cabeza. Las palabras «El Jardín Eterno» estaban delicadamente es-

critas a mano con pintura negra ya desgastada, pero Yadriel sabía que su primo Miguel se encargaría de repararlas antes de que empezaran las festividades del Día de Muertos, que se celebrarían dentro de muy poco. Un pesado cerrojo con candado evitaba que entraran intrusos.

Como líder de las familias nahuales, Enrique, el papá de Yadriel, era quien tenía la llave y solo se la daba a los nahuales que estaban de guardia en el cementerio por la noche. Yadriel no tenía llave, lo cual significaba que él solo podía entrar durante el día o durante los ritos y celebraciones.

—¡Vamos!

Entre el susurro brusco de Maritza y sus uñas pintadas clavándosele en el costado, Yadriel se llevó un buen sobresalto. El viento la había despeinado; tenía el pelo corto y grueso, con rizos teñidos de rosa y morado pastel que contrastaban con su piel marrón. Ella lo azuzó:

—¡Tenemos que entrar ahí antes de que nos vea alguien!

—¡Chsss! —siseó él, apartando la mano de su prima.

A pesar de sus palabras, a Maritza no le preocupaba meterse en un lío histórico. De hecho, se la veía entusiasmada, con los ojos oscuros bien abiertos y los labios curvados en una sonrisa pícara que el joven conocía demasiado bien.

Yadriel se deslizó hasta la parte izquierda de la entrada; entre el muro y el último barrote de hierro había un lugar donde los ladrillos se habían desmoronado. Después de arrojar la mochila al otro lado del muro, se puso de perfil y se escurrió a través del agujero, pero el barrote le arañó dolorosamente el pecho a través del *binder* de poliéster y elastano. Cuando hubo atravesado el hueco, se ajustó en un momento el top debajo de la camiseta para que los cierres no se le clavaran en el costado. Le había llevado tiempo encontrar un *binder* que le masculinizara el pecho y que no picara ni le apretara hasta casi ahogarlo.

Yadriel se puso la mochila al hombro de nuevo y, al volverse, vio que Maritza estaba teniendo más dificultades que él: tenía la espalda pegada a los ladrillos, una pierna a cada lado del barrote y, la verdad, le estaba costando cruzar al otro lado. Yadriel tuvo que ponerse el puño en la boca para ahogar una risotada y Maritza lo asesinó con la mirada.

—¡Cállate! —gruñó antes de atravesar por fin el hueco y sacudirse la suciedad de los vaqueros—. Pronto tendremos que buscar otra forma de entrar. Crecimos demasiado.

—Lo que creció demasiado es tu trasero —se burló Yadriel y, con una sonrisa socarrona, añadió—. Quizás deberías comer menos pastelitos.

—¿Y perder estas curvas? —Ella se pasó las manos por la cintura y las caderas con una sonrisa sarcástica—. Gracias, pero prefiero morirme.

Maritza le dio un puñetazo en el brazo antes de dirigirse lánguidamente hacia la iglesia, y Yadriel se apresuró a alcanzarla. A ambos lados del camino de piedra crecían hileras de flores de cempasúchil naranjas y amarillas, altas y apoyadas las unas en las otras como si fueran amigos borrachos. Esas «flores de muerto» habían florecido durante los meses anteriores al Día de Muertos y sus pétalos caídos cubrían el suelo como si fueran confeti.

La iglesia estaba pintada de blanco, tenía un tejado de terracota y unos rosetones con forma de estallido estelar que flanqueaban las enormes puertas de roble. De la parte superior, sobresalía una espadaña semicircular con un pequeño nicho que albergaba una cruz y, a cada lado, dos vanos que contenían campanas de hierro.

—¿Estás listo? —En el rostro de Maritza no había inquietud, sino una sonrisa de oreja a oreja. Prácticamente bailaba sobre la punta de los pies.

Yadriel se notaba el pulso en las venas. Los nervios se le arremolinaban en el estómago.

Maritza y él llevaban toda la vida colándose en el cementerio por la noche. El patio de la iglesia era un buen lugar para esconderse y jugar cuando eran pequeños, y estaba lo bastante cerca de casa como para oír a su abuela cuando los llamaba para cenar. Pero nunca se habían metido en la iglesia y, si seguían adelante, estarían rompiendo una decena de tradiciones y reglas de los nahuales.

Si seguía adelante, no habría vuelta atrás.

Asintió rígidamente, con los puños cerrados.

—Hagámoslo.

Los pelos de la nuca se le pusieron de punta y Maritza tuvo un escalofrío a su lado.

—¿Hacer qué?

Ambos se sobresaltaron ante la vehemencia de aquella pregunta. Maritza dio un brinco y Yadiel tuvo que sujetarla por los brazos para evitar que lo tirara a él también.

A su izquierda, había un hombre de pie, al lado de una pequeña tumba de color melocotón.

—Caray, Tito, ¡nos diste un susto de muerte! —resopló Yadiel con la mano sobre el pecho.

Maritza bufó indignada. A veces, un fantasma podía pasar desapercibido incluso para ellos dos.

Tito era un hombre achaparrado que llevaba una camiseta bermellón de la selección de Venezuela, pantalones cortos y un gran sombrero de paja desgastado sobre la cabeza. Bajo el ala del sombrero, sus ojos miraron con sospecha a Yadiel y Maritza mientras se inclinaba sobre las flores de cempasúchil; había sido el jardinero del cementerio durante mucho tiempo.

Énfasis en «había sido», puesto que llevaba muerto cuatro años.

En vida, Tito fue un jardinero de mucho talento. Él suministraba todas las flores para las celebraciones de los nahuales, pero también para las bodas, festividades y funerales

de los habitantes sin magia del Este de Los Ángeles. Empezó vendiendo las flores que llevaba al mercado local en baldes y acabó teniendo su propia tienda.

Después de fallecer mientras dormía y de que enterraran su cuerpo, Tito reapareció en el cementerio, dispuesto a ocuparse de las flores de las que había cuidado durante casi toda su vida. Le explicó al papá de Yadriel que aún tenía trabajo que hacer y que no confiaba en nadie para tomarle el relevo. Enrique dijo que Tito podía quedarse mientras siguiera siendo él mismo, pero con lo testarudo que era el jardinero, Yadriel se preguntaba si su papá habría sido capaz de liberarlo, aunque lo hubiera intentado.

—¿Qué van a hacer? —repitió Tito.

Bajo las luces anaranjadas de la iglesia, su cuerpo parecía bastante sólido, aunque sí se notaba algo traslúcido en comparación con las tijeras de podar más que tangibles que llevaba en la mano. Los bordes de los espíritus eran borrosos y, en general, su color era algo menos... vivo que el del mundo que los rodeaba. Parecían fotografías desenfocadas y con la saturación baja. Si Yadriel giraba un poco la cabeza, la forma de Tito se difuminaba y se mezclaba con el fondo.

Yadriel se maldijo a sí mismo mentalmente; los nervios le habían jugado una mala pasada y por eso no había sentido antes a Tito.

—¿Por qué no están en casa con los demás? —preguntó el jardinero.

—Solo íbamos a... entrar en la iglesia —contestó Yadriel, pero la voz se le rompió a mitad de la frase y carraspeó.

Tito levantó una ceja revuelta, lo que significaba que no se creía ni una palabra.

—Para echar un vistazo a las cosas, ya sabes —dijo Yadriel encogiéndose de hombros—. Para asegurarnos de que todo está... listo.

Con un «chas», las tijeras de Tito cortaron por el tallo un cempasúchil marchito. Maritza le dio unos golpecitos a Yadriel con el codo e hizo un gesto con la cabeza.

—¡Ah! —Yadriel se quitó la mochila y rebuscó en su interior hasta que sacó algo envuelto en un trapo blanco—. Traje algo para ti.

Felipe estaba demasiado ocupado con su novia como para que le importara qué se traían entre manos Yadriel y Maritza, y escabullirse sin que Nina y Rosa los vieran no era complicado, pero Tito era totalmente impredecible. El papá de Yadriel y él habían sido buenos amigos y era un hombre que no tenía paciencia alguna para las sandeces.

Sin embargo, las ofrendas de comida solían conseguir que hiciera la vista gorda.

—La abuelita las acaba de preparar... ¡Aún están calientes! —dijo Yadriel mientras abría el trapo y revelaba una concha: un delicioso pan dulce cuya crujiente parte superior se asemejaba a una concha marina—. Te traje una verde, ¡tu favorita!

Si a Tito no lo convencían sus mentiras transparentes, a lo mejor el pan dulce lograba persuadirlo.

Tito agitó la mano desdeñosamente y gruñó:

—No me interesa en qué andan metidos unos realengos como ustedes.

Maritza tomó aire y se llevó la mano al pecho con dramatismo:

—¿Nosotros? ¡Pero si jamás...!

Yadriel le dio un empujón para que se callara. Él no creía que fueran unos alborotadores, y menos si se comparaban con algunos de los nahuales más jóvenes, pero sabía que intentar hacerse pasar por angelitos no funcionaría con Tito. Por suerte, el jardinero parecía tener ganas de librarse de ellos.

—Márchense —dijo secamente—, pero no toquen mis flores de cempasúchil.

Yadriel no necesitaba que se lo dijera dos veces: agarró a Maritza del brazo y, cuando estaba punto de salir disparado hacia la iglesia, Tito añadió:

—Deja aquí la concha.

Yadriel la colocó sobre la tumba de color melocotón mientras Tito volvía a centrarse en sus flores.

El joven subió corriendo los peldaños de la iglesia con Maritza siguiéndolo de cerca y, tras un buen empujón, las enormes puertas se abrieron con un chirrido.

Avanzaron lentamente por la nave central. El interior de la iglesia era sencillo; a diferencia de las iglesias normales, no había muchas hileras de bancos ni asientos en la parte de atrás. Cuando los nahuales se reunían para las ceremonias y los ritos, todos los asistentes estaban de pie y formaban grandes círculos en el espacio abierto. En el ábside, había tres ventanas oblongas con vitrales intrincados y coloridos que la luz californiana atravesaba durante el día. Decenas de velas apagadas se apelotonaban en el altar principal.

Una estatua de la diosa sagrada de los nahuales descansaba sobre un estante colocado a media altura en la pared. Hacía milenios, cuando dioses y monstruos caminaban por las tierras de América Latina y del Caribe, los nahuales recibieron sus poderes de esta deidad: la Señora de los Muertos.

El esqueleto estaba labrado en piedra blanca. Con pintura negra, se habían acentuado las líneas de sus dedos huesudos, su sonrisa dentada y las cuencas de los ojos. La Dama Muerte vestía un huipil tradicional blanco con ribetes de encaje, una falda a capas y una mantilla que le cubría la cabeza y le caía hasta los hombros. Flores delicadas bordadas con hilo dorado decoraban el cuello del vestido y el dobladillo de la mantilla. Un ramo de las flores de cem-

pasúchil de Tito recién cortadas descansaba en sus manos esqueléticas.

Tenía muchos nombres e iteraciones: Santa Muerte, la Huesuda, Dama de Sombras, Mictecacíhuatl... Dependía de la cultura y del idioma, pero toda representación e imagen llevaba a lo mismo. Que lo bendijera la Dama Muerte, tener su propio portaje y poder servirla era lo que Yadriel más anhelaba en el mundo. Quería ser como los otros nahualos, encontrar espíritus perdidos y ayudarlos a cruzar al más allá. Quería pasarse las noches despierto y aburrirse vigilando el cementerio. Incluso se pasaría horas arrancando malas hierbas y pintando tumbas si así su gente lo aceptaba como nahualo.

A medida que Yadriel se acercaba a ella, impulsado por su deseo de servirla, pensó en todas las generaciones de nahuales que habían celebrado sus ceremonias de quince años allí mismo. Hombres y mujeres que habían llegado de todas partes —México, Cuba, Puerto Rico, Colombia, Honduras, Haití... incluso incas, aztecas y mayas— y que habían recibido sus poderes gracias a los dioses antiguos. Culturas dinámicas y repletas de bellos matices, mezcladas para dar forma a su comunidad.

Cuando un nahual cumplía quince años, se presentaba ante la Dama Muerte para recibir su bendición y para que ella vinculara su magia al canalizador que hubiera elegido, a su portaje. Los portajes de las mujeres solían ser rosarios, un símbolo que había nacido como collar ceremonial y cuyo significado se fue alterando con la expansión del catolicismo en América Latina. Era un accesorio que pasaba desapercibido y del que colgaba un dije que solía contener una pequeña cantidad de sangre de animal sacrificado. Aunque el símbolo más común era el de la cruz, los rosarios de las nahualas a veces lucían un corazón sagrado o una estatuilla de la Dama Muerte.

Los portajes de los hombres solían ser algún tipo de daga, pues era necesario un filo para cortar el hilo dorado que unía a los espíritus con sus anclas terrenales. Al cortar ese hilo, los nahualos podían liberar a los espíritus a la otra vida.

Obtener un portaje era un rito de paso importante para todos los nahuales.

Para todos, excepto para Yadriel.

Su ceremonia de quince años se había pospuesto indefinidamente. El pasado mes de julio había cumplido los dieciséis y ya estaba harto de esperar.

Para demostrar a su familia lo que era, *quién* era, Yadriel necesitaba celebrar su propia ceremonia de quince años, con el permiso de sus familiares o sin él. Su papá y el resto de los nahuales no le habían dejado otra opción.

Por su espalda se deslizaban gotas de sudor que le provocaban escalofríos por todo el cuerpo. El aire se notaba cargado y el suelo bajo sus pies rebosaba energía. Era ahora o nunca.

Yadriel se inclinó ante la Dama Muerte y empezó a sacar de la mochila los materiales que necesitaba para la ceremonia. Colocó cuatro cirios en el suelo formando un diamante para representar los cuatro vientos. En el centro, puso un bol de arcilla que simbolizaba la tierra. Faltó poco para que se le cayera la minibotella de tequila Cabrito que había hurtado de una de las cajas que contenían ofrendas para el Día de Muertos, pero logró quitar el tapón y, cuando vertió el líquido en el bol, el olor le golpeó la nariz. Al lado del bol dejó un pequeño bote de sal.

Sacó una caja de cerillas del bolsillo de los vaqueros. La llamita temblaba mientras encendía los cirios. El titileo del fuego iluminó los hilos dorados del manto de la Dama Muerte y acentuó sus pliegues y grietas.

Agua, tierra, viento y fuego. Norte, sur, este y oeste. Todos los elementos necesarios para invocar a la Dama Muerte.

El último ingrediente que faltaba era sangre.

Era necesario realizar una ofrenda de sangre para llamar a la Dama Muerte. Era lo más poderoso que se le podía entregar, pues contenía vida. Darle tu sangre a la Dama Muerte era darle parte de tu cuerpo terrenal y de tu espíritu. Era algo tan poderoso que no se podían entregar en sacrificio más que unas pocas gotas de sangre humana; de lo contrario, la ofrenda absorbería toda la fuerza vital del nahual y le conduciría a una muerte segura.

Solo había dos ritos que requerían que los nahuales ofrendaran su propia sangre. Para que pudieran oír a los espíritus de los muertos, al poco de nacer, a los nahuales se les perforaban las orejas y, de este modo, entregaban una cantidad minúscula de sangre. Yadriel llevaba los lóbulos dilatados con *plugs* de plástico negro; le gustaba honrar la antigua práctica de los nahuales de ir ensanchándolos con discos cada vez más grandes fabricados con piedras sagradas, como obsidiana o jade. Con el paso de los años, había logrado ya un diámetro de dieciocho milímetros.

El único otro momento en el que un nahual necesitaba usar su propia sangre como sacrificio era durante su ceremonia de quince años. La ofrenda se realizaba con sangre de la lengua para poder hablar con la Dama Muerte y pedirle su bendición y protección.

El corte se realizaba con el portaje.

Maritza sacó un fardo de tela de su propia mochila y se lo ofreció a Yadriel.

—Me llevó semanas fabricarla —dijo mientras su primo desataba el cordel—. Me quemé como ocho veces y casi perdí un dedo, pero creo que mi papá ya se rindió y no intenta mantenerme lejos de la forja.

Maritza se encogió de hombros como si aquello fuera algo trivial, pero tenía la cabeza alta y una sonrisa de orgullo aso-

maba en sus labios. Yadriel sabía que aquello era muy importante para ella.

La familia de Maritza llevaba décadas dedicándose a forjar armas para los hombres, un oficio que su papá había importado desde Haití y por el que Maritza sentía un gran interés. Como en los filos no se usaba sangre hasta el momento de la ceremonia de quince años de los chicos, para ella era una forma de seguir siendo parte de la comunidad sin tener que quebrantar su propio código moral. Su mamá no creía que fuera un oficio adecuado para una chica, pero cuando a Maritza se le metía algo entre ceja y ceja, era imposible hacerla cambiar de opinión.

—No es extravagante ni ridícula como la de Diego —dijo con los ojos en blanco, refiriéndose al hermano mayor de Yadriel.

El joven terminó de apartar el último trozo de tela y vio la daga que había guardada dentro.

—Guau...

—Es práctica —explicó Maritza, asomada por encima del hombro de Yadriel.

—Es brutal —la corrigió él con una amplia sonrisa.

Maritza sonrió de oreja a oreja.

La daga era tan larga como su antebrazo, tenía una hoja recta y un guardamano con forma de letra ese. La empuñadura de madera pulida estaba decorada con una delicada imagen de la Dama Muerte. Yadriel sostuvo la daga, sólida y reconfortante, y recorrió con el pulgar las finas líneas de pintura dorada que irradiaban de la diosa, sintiendo cada pincelada intrincada.

Aquella era su daga. Su portaje.

Tenía todo lo que necesitaba. Ahora lo único que quedaba por hacer era completar el rito.

Estaba listo. Estaba decidido a presentarse ante la Dama Muerte y le daba igual si a los demás les parecía bien o no.

Pero, aun así, dudó. Aferrándose a su portaje con la mirada fija en la estatua, se mordió el labio inferior. La indecisión se iba abriendo camino bajo su piel.

—Eh.

Yadriel se sobresaltó cuando Maritza puso una mano firme sobre su hombro. Los ojos marrones de su prima lo miraron intensamente.

—Es que... —Yadriel se aclaró la garganta mientras recorría la iglesia con la mirada.

Maritza alzó las cejas con preocupación.

La ceremonia de quince años era el día más importante de la vida de un nahual. El papá de Yadriel, su hermano y su abuela deberían haber estado allí con él. Se arrodilló en el duro suelo de piedra, pero sentía que el vacío a su alrededor lo constreñía. Bajo los ojos vacíos de la Dama Muerte, se sintió pequeño y solo.

—¿Y si...? ¿Y si no funciona? —preguntó. Aunque apenas fue un susurro, su voz resonó por la iglesia vacía y el corazón se le encogió—. ¿Y si me rechaza?

—Escúchame —dijo Maritza dándole un apretón en el hombro—, todo saldrá bien, ¿entendido?

Yadriel asintió humedeciéndose los labios y, con convicción, Maritza continuó:

—Tú sabes quién eres, yo sé quién eres y Nuestra Señora también lo sabe. ¡Los demás se pueden ir al carajo! —Y con una sonrisa, añadió—: Recuerda por qué estamos haciendo esto.

Yadriel se armó de valor y habló con todo el coraje que logró reunir:

—Para que vean que soy un nahualo.

—Sí, bueno, aparte de eso.

—¿Por resentimiento?

—¡Por resentimiento! —dijo Maritza con entusiasmo—. Verás lo idiotas que se sentirán cuando sepan que

la Dama Muerte te bendijo. ¡Quiero que disfrutes de ese momento, Yads! En serio... —Inspiró profundamente por la nariz y entrelazó las manos sobre el pecho—, ¡saborea la dulce, dulce venganza!

De la garganta de Yadriel brotó una carcajada y Maritza sonrió.

—Manos a la obra, nahualo.

Yadriel notó que su sonrisa boba también había regresado.

—Eso sí, ahora no la fastidies y hagas que la diosa te lance un rayo o algo así, ¿eh? —Maritza dio unos pasos hacia atrás—. No quiero cargar yo sola con la responsabilidad de ser la oveja negra de la familia.

Como Yadriel era transgénero y gay, se había ganado el título de Oveja Negra Suprema entre los nahuales. De hecho, les había sido mucho más fácil aceptar que era gay, aunque solo fuera porque les seguía pareciendo heterosexual que a Yadriel le gustaran los chicos.

Pero Maritza también se había ganado el título de Oveja Negra por sí misma al ser la única vegana entre los nahuales. Ella era un año más pequeña que Yadriel y había celebrado su ceremonia de quince años hacía unos meses. Sin embargo, se negaba a sanar porque era necesario usar sangre de animal. Uno de los primeros recuerdos de Yadriel era ver a Maritza llorando desconsoladamente porque su mamá había usado sangre de cerdo para curar la pierna rota de un niño. Muy pronto, Maritza decidió que no quería usar sus habilidades sanadoras si para ello tenía que hacer daño a otro ser vivo.

A la tenue luz de la iglesia, Yadriel veía el portaje de Maritza alrededor de su cuello: un rosario de cuarzo rosa con una cruz de plata. Esa cruz era en realidad un frasco, pero estaba vacío. Maritza explicaba que, aunque se negara a usar sus poderes, seguía respetando a la diosa y a sus ancestros.

Yadriel la admiraba por sus convicciones, pero también le frustraba. Lo único que él quería era que lo aceptaran; quería tener su propio portaje, que lo trataran igual que a cualquier otro nahualo, que le dieran las mismas responsabilidades. A Maritza le habían ofrecido los mismos derechos de los que gozaba el resto de la comunidad, pero había optado por rechazarlos.

—¡Venga, date prisa! —dijo Maritza agitando la mano con impaciencia.

Yadriel inspiró profundamente. Con las manos sudorosas, agarró con más fuerza la cantimplora de metal frío y exhaló con los labios fruncidos.

Algo más seguro, desenroscó el tapón y vertió la sangre de pollo en el bol. Fue todo un detalle por parte de Maritza que tratara de disimular su expresión de asco.

Cuando la sangre se mezcló con el tequila, una ráfaga de viento recorrió la iglesia. Las llamas de los cirios temblaron. El aire se notaba espeso, como si estuvieran rodeados de cuerpos, a pesar de que, a excepción de ellos dos, el lugar estaba vacío.

La adrenalina fluía por las venas de Yadriel y se le puso la piel de gallina de la emoción. Cuando habló, se esforzó para que su voz sonara firme y profunda al invocar a su diosa:

—Santísima Dama Muerte, te pido tu bendición.

Una corriente de aire le rozó la cara y se deslizó por su cabello como si fueran dedos. Las llamas se agitaron de nuevo y, de repente, la estatua de la Dama Muerte pareció haber cobrado vida. No se había movido ni había cambiado, pero Yadriel sintió que algo se acercaba a él, así que encendió una cerilla y la dejó caer en el bol; el líquido prendió y empezó a arder.

—Prometo proteger a los vivos y guiar a los muertos.

Le temblaban las manos, así que aferró su portaje con más fuerza.

—Esta es mi sangre, derramada por ti.

Abrió la boca y presionó la punta de la daga contra la lengua hasta que se formó una herida. Con una mueca de dolor, sostuvo el portaje delante de él: en el filo de la hoja, una fina línea escarlata resplandecía a la cálida luz de los cirios. Entonces, acercó la daga al fuego que danzaba en el bol y, en cuanto las llamas acariciaron el acero, la sangre crepitó y los cirios se avivaron como antorchas. Yadriel entrecerró los ojos cuando un calor repentino le golpeó la cara.

Por último, apartó el portaje del fuego y pronunció las palabras finales:

—Con un beso, te prometo mi devoción —murmuró antes de pasarse la lengua por los labios.

Cuando hubo equilibrado la empuñadura en la palma de la mano, besó la imagen de la Dama Muerte. Una luz dorada chispeó en la punta de la hoja y fluyó en dirección a la mano de Yadriel. La piel le resplandecía a medida que la luz se extendía por el brazo. Le recorrió las piernas y se le enroscó en los dedos de los pies. Yadriel se estremeció; aquella sensación tan extraordinaria lo dejó sin aliento.

Tan rápido como había llegado, la espesa concentración de magia de la iglesia se disipó. Todas las llamas de los cirios se extinguieron por sí solas a la vez. El aire se quedó inmóvil. Yadriel se remangó la sudadera y vio maravillado cómo la luz dorada se desvanecía sin dejar marca alguna sobre su piel marrón. Entonces, levantó la mirada hacia la Dama Muerte y, con las manos en las mejillas, susurró:

—Caray... ¡Caray! ¡Funcionó! —Se llevó la mano al pecho, notó el latido atronador de su corazón y se volvió hacia Maritza en busca de confirmación—: ¿Funcio...? ¿Funcionó?

El fuego que aún ardía en el bol relucía en los ojos de su prima. Tenía una sonrisa enorme dibujada en la cara:

—Solo hay una forma de averiguarlo.

La risa se adueñó de Yadriel; entre el alivio y la adrenalina, estaba prácticamente delirando:

—Cierto.

Si la Dama Muerte lo había bendecido y le había otorgado los poderes de los nahualos, significaba que podía invocar a un espíritu perdido. Si conseguía invocar a alguno y liberarlo a la otra vida, por fin podría demostrar quién era realmente a todo el mundo: a los nahuales, a su familia y a su papá. Lo verían tal y como era. Verían a un chico y a un nahualo.

Yadriel se puso en pie con el portaje apretado cuidadosamente contra el pecho. Se relamió y notó el sabor de los últimos restos de sangre. La lengua le escocía, pero el corte era pequeño; dolía igual que cuando alguna vez se había quemado bebiendo café de olla recién apartado del fuego.

Mientras Maritza recogía los cirios, manteniéndose claramente alejada del bol de sangre ardiendo, Yadriel se acercó a la estatua de la Dama Muerte. Como medía poco más de metro cincuenta, tuvo que inclinar el cuello hacia atrás para verla en su nicho.

Deseaba poder hablar con ella. ¿Podía verlo como realmente era? ¿Podía ver lo que su familia no veía? Yadriel había pasado muchísimo tiempo sintiendo que nadie lo entendía, a excepción de Maritza. Tres años atrás, cuando le contó a su prima que era trans, ella ni siquiera se sorprendió. «¡Ay, por fin!», dijo exasperada, pero sonriendo. «Ya sabía que te pasaba algo. Estaba esperando a ver si lo soltabas».

Durante todo ese tiempo, Maritza fue su fiel confidente, y fue capaz de ir cambiando de pronombres según si estaban solos o con más gente hasta que Yadriel estuvo listo.

Le llevó otro año reunir el coraje necesario para contárselo a su familia. Lo hizo cuando tenía catorce años, pero con ellos no fue tan bien como con su prima. Conseguir que

ellos y los demás nahuales usaran los pronombres correctos y lo llamaran por su verdadero nombre se había convertido en una lucha constante.

Aparte de Maritza, la persona que más lo apoyó fue su mamá, Camila. Cambiar de hábitos siempre lleva tiempo, pero ella se acostumbró sorprendentemente rápido e incluso corregía con amabilidad a la gente para que Yadriel no tuviera que hacerlo. Era una carga pesada, pequeñas cosas que se iban acumulando, pero su mamá lo ayudó a soportar parte de ese peso.

Cuando se sentía especialmente afectado por tener que pasarse la vida peleando por ser quien era, ya fuera en el instituto o dentro de su propia comunidad, su mamá hacía que se sentara en el sofá con ella, lo abrazaba y él descansaba la cabeza sobre su hombro. Ella siempre olía a clavo y canela, como si acabara de preparar una torta bejarana. Mientras le deslizaba cariñosamente los dedos por el cabello, solía murmurar: «Mijo, mi Yadriel...». Lentamente, el dolor se convertía en un malestar lejano que nunca desaparecía del todo.

Pero hacía casi un año que ella ya no estaba.

Yadriel sorbió por la nariz y se la restregó con el puño; la parte de atrás de la garganta le quemaba.

Ese iba a ser el primer Día de Muertos desde que perdió a su mamá. Cuando llegara la medianoche, el día uno de noviembre, las campanas de la iglesia repicarían para dar la bienvenida al cementerio a los espíritus de los nahuales fallecidos. Entonces, durante dos días, Yadriel podría volver a verla.

Podría mostrarle que era un nahualo de verdad, un hijo del que podía sentirse orgullosa. Realizaría las tareas que su padre y el padre de su padre habían llevado a cabo como hijos de la Dama Muerte. Yadriel demostraría a todo el mundo quién era.

—Vamos, nahualo —lo llamó Maritza amablemente—, tenemos que salir de aquí antes de que alguien nos descubra.

Yadriel se volvió y sonrió.

Nahualo.

Estaba a punto de agacharse para recoger el bol del suelo cuando se le erizó el pelo de la nuca. Yadriel se quedó helado y miró a Maritza, que también se había quedado petrificada antes de dar un paso.

Algo iba mal.

—¿Lo sentiste? —preguntó Yadriel.

Su voz hizo eco en la iglesia vacía, aunque no fue más que un murmullo. Maritza asintió y preguntó:

—¿Qué fue eso?

Yadriel sacudió ligeramente la cabeza. Era casi como sentir a un espíritu cerca, pero distinto. Nunca había percibido nada de una forma tan intensa. Una sensación de miedo inexplicable le encogió el estómago.

Vio a Maritza estremecerse en el mismo momento en el que un hormiguelo le recorría la espalda.

Durante un instante, no ocurrió nada.

Entonces, un dolor ardiente lo apuñaló en el pecho. Tal fue la intensidad que soltó un grito y cayó de rodillas. Maritza también se derrumbó con un grito ahogado.

El sufrimiento era insoportable. Yadriel se aferraba el pecho con la respiración entrecortada. Los ojos se le llenaron de lágrimas, enturbiando la visión de la Dama Muerte que se alzaba encima de él.

Cuando creyó que no podría soportar más ese dolor, que lo mataría, este desapareció.

La tensión abandonó sus músculos; sus brazos y piernas se quedaron sin fuerzas y le pesaban del agotamiento. Tenía la piel bañada en sudor. El cuerpo le temblaba mientras

daba grandes bocanadas de aire. Seguía agarrándose el pecho, justo encima del corazón, donde el dolor punzante iba menguando poco a poco.

Maritza se alzó sobre sus rodillas, con la mano en el mismo lugar. Tenía la piel cenicienta y cubierta por una capa de sudor.

Se miraron fijamente el uno a la otra, tratando de recuperar el aliento. No dijeron nada. Sabían lo que había significado aquello. Lo sentían en los huesos.

Miguel ya no estaba. Uno de los suyos había muerto.